

En conclusion: santo Tomás no solo defiende como doctrina propia y cierta la infalibilidad del Papa, sino que los fundamentos racionales y científicos en que apoya esta doctrina, son absolutamente independientes de los textos apócrifos que se hallan en su opúsculo *Contra errores Græcorum*. (1)

---

(1) Mientras esto se imprime, llega á mis manos un volúmen que lleva por título: *De Constitutione monarchica Ecclesie, et de infallibilitate Romani Pontificis juxta D. Thomam Aquinatem ejusque Scholam in Ordine Prædicatorum*. Es un trabajo excelente, en el cual su autor, el P. Bianchi, Procurador General de la Orden de Predicadores, expone y desenvuelve con sólida erudicion, la doctrina de santo Tomás, y de los grandes teólogos dominicos acerca de la infalibilidad pontificia. (N. del A.)

## IV.

### Necesidad y oportunidad de la definicion: su importancia religiosa y social.

San Agustin habia escrito que la omnipotencia y miseria de Dios son tan admirables, que al permitir el mal lo hace sacando el bien del mal.

Así puede decirse que ha sucedido con la cuestion relativa á la infalibilidad pontificia. El programa de materias señaladas al Concilio en la bula de convocacion, no hacia mencion determinada de semejante doctrina: ni en las escuelas, ni en los libros se agitaba con calor especial esta controversia; parecia natural que el Concilio, ó prescindiera de ella, dejándola *in statu quo*, ó por lo menos que se reservára á su

iniciativa el plantear la cuestion y discutir la necesidad, conveniencia, utilidad y oportunidad de una definicion dogmática sobre la materia. Y sin embargo, no sucedió así: suscitada la cuestion por hombres de un celo mas exagerado que discreto, y traída por los mismos al terreno inconveniente de la arena periodística, tomó repentinamente proporciones gigantescas y peligrosas, convirtiéndose en objeto de discusiones y disputas violentas, apasionadas é irritantes, que, segun la enérgica espresion del obispo de Orleans, «turban profundamente las almas y encienden en la Iglesia un fuego que pudiera convertirse en espantable incendio.»

Ya dejamos indicado que no aprobamos ni podemos aprobar la conducta de esos hombres sin mision y sin competencia legal, que no contentos con suscitar una controversia formidable y peligrosa por mas de un concepto, han llevado á su discusion un lenguaje nada conciliador ni cristiano, y por demás irritante. Empero la providencia divina que, segun el profundo pensamiento de san Agustin arriba indicado, se complace en sacar el bien del mal, se sirvió tal vez del celo imprudente y exagerado de los hombres, para hacer la obra de Dios. Una vez suscitada la controversia, y conmovidas ardientemente las almas cristianas en torno de ella, era ya preciso darle solucion de una manera capaz de poner término á las dudas, vacilaciones, ansiedades

é inquietudes de las conciencias cristianas. Lo que antes parecia innecesario, ó cuando menos inoportuno, considerado en el terreno puramente humano, pasó á ser necesario y oportuno por la fuerza de las circunstancias, de la naturaleza, estension y efectos de la controversia suscitada. En este sentido, la definicion dogmática de la infalibilidad pontificia puede apellidarse con fundamento definicion necesaria con necesidad relativa, aun en el órden puramente humano, y prescindiendo de los fines superiores de la providencia divina y de la accion invisible, pero innegable para todo católico, del Espiritu Santo.

Si del terreno concreto y especial de las circunstancias y antecedentes de la definicion que nos ocupa, nos elevamos al terreno general de los principios, aparecerá mas evidente y palpable la necesidad y oportunidad de la indicada definicion dogmática. Esta definicion no es otra cosa en el fondo que la consagracion de la superioridad de la razon divina sobre la razon humana, y la afirmacion solemne del principio de autoridad. Ahora bien; para todo hombre pensador, para todo hombre que haya reflexionado con alguna detencion sobre el origen y naturaleza de los males que aquejan á la sociedad moderna, es indudable que esos males son debidos en gran parte al desprestigio de la autoridad. En el órden sobrenatural, en el órden natural, en el órden filosófico, en el órden científico, en el órden intelectual, en el órden moral,

y sobre todo en el órden social y político, el principio de autoridad se ve combatido en todas sus esferas, en todas sus manifestaciones y consecuencias, por toda clase de hombres y de medios. En las ciencias, en las artes, en la filosofía, en las plazas y calles, como en los clubs y sociedades secretas, en los parlamentos como en las cátedras, revélase á cada paso lo que pudiera apellidarse una formidable conjuracion de odio contra toda autoridad divina y humana, contra las bases mismas de la sociedad y de la religion. De aquí esas tentativas, tan horribles como frecuentes contra los depositarios del poder, esa situacion azarosa de los gobiernos y los pueblos, ese aparato y empleo creciente de la fuerza material, esas vacilaciones y fluctuacion continua de las sociedades modernas, que agitadas por los vientos contrarios de la revolucion, pasan sin cesar de un estado á otro, y buscan, por medio de ensayos tan peligrosos como estériles, el equilibrio social y el centro moral que han perdido al separarse de los principios vivificantes del cristianismo, y al prescindir de su accion eminentemente conservadora y social. La razon humana y la política moderna, al revelarse contra la razon divina y contra la política de Dios en el gobierno del mundo, repitiendo con orgullo satánico y realizando el *non serviam* del ángel de las tinieblas, se han condenado á sí mismas á fluctuar á todo viento de doctrinas, y á soportar una existencia azarosa y agitada

con el oido atento siempre al bramido formidable de la revolucion.

A poco que se reflexione con desapasionado espíritu sobre los males que aquejan á las sociedades modernas, no es difícil reconocer que estas se hallan corroidas principalmente por la triple llaga del *racionalismo*, del *cesarismo* y del *sensualismo*. Si penetramos en el fondo de las sociedades de Europa y América, que se dicen civilizadas, si examinamos sus leyes, sus instituciones, sus tendencias, sus libros, sus asociaciones, sus escritores, sus parlamentos, veremos que todas estas cosas se hallan mas ó menos saturadas de tendencias racionalistas; por todas partes el grito satánico de la razon humana revelándose contra la razon divina; por todas partes hombres que predicán la emancipacion absoluta del pensamiento humano; por todas partes y en todas las cosas el racionalismo irguiendo su cabeza contra Dios, y contra su Cristo, y contra su Iglesia, y contra sus pontífices y pastores, y contra toda verdad que viene de lo alto. ¿De dó proceden sino esas horribles blasfemias y esos monstruosos errores, cuya posibilidad sola hubiera hecho estremecer á nuestros padres, y que, sin embargo, son públicamente enunciados, defendidos y propagados en nuestros dias sin obstáculo de ningun género, y acaso con secreta satisfaccion de las clases superiores é ilustradas de la sociedad, y lo que es peor aun, de los mismos depositarios del poder pú-

blico? « Dios es una palabra vana; Dios, si existe, es el mal y el verdugo de la humanidad. La propiedad es el robo; el alma del hombre, lo mismo que su inmortalidad y la vida futura, son meras invenciones y quimeras. Jesucristo es un hombre igual á los demás hombres. El cristianismo es una religion puramente humana, como el mahometismo y el budismo. El Evangelio no es mas que un mito.» Hé aquí afirmaciones y doctrinas que recorren sin tropiezo las naciones civilizadas, infiltrándose en su corazon cual átomos envenenados, y dejando depositadas por todas partes semillas de corrupcion y de muerte. Las masas cristianas, y hasta las naciones que mas se han distinguido y se distinguen por sus sentimientos católicos, se hallan constantemente trabajadas por esas horribles blasfemias, propagadas sistemáticamente por medio de libros, de folletos, de periódicos, de teatros, de costumbres y predicaciones populares. Es tambien el racionalismo el que propala y enseña por todos los medios indicados, que á la razon sola pertenece organizar la sociedad, gobernar los Estados, determinar las relaciones religiosas del hombre con Dios, ó mejor dicho, que no debe reconocerse mas religion que el culto de la libertad y de la razon humana. Por eso vemos á la inmensa mayoría de los hombres de letras proclamar y hasta realizar en sus publicaciones la separacion de la ciencia y la fé cristiana, proclamar el divorcio entre la filosofía y la teología, entre la

Iglesia y el Estado. La literatura pugna por separarse mas y mas de la idea religiosa y católica; las ciencias morales, sociales y políticas, ó hacen abstraccion, ó miran con desvío y menosprecio las máximas evangélicas, y la historia prescinde de la accion de Dios, ó niega la intervencion de su providencia en la marcha de la humanidad á través del espacio y de los siglos.

No son menos lamentables y sensibles los estragos producidos en el mundo moderno por el *cesarismo*, que no es en el fondo mas que una manifestacion parcial del racionalismo. Desde el Renacimiento y desde Maquiavelo parece que los hombres de leyes no han tenido otro pensamiento sino resucitar é implantar en la Europa cristiana el antiguo cesarismo pagano. A fuerza de ensalzar la legislacion romana, á fuerza de adular á los reyes, llegaron á persuadir á estos que su voluntad debia ser la regla suprema de las leyes. Repitiendo, admirando y comentando la despótica cuanto anticristiana máxima: *quidquid principi placuit legis habet vigorem*, hicieron que el rey cristiano, en vez de considerarse á sí mismo como el padre de su pueblo, segun los principios del Evangelio, se considerára como el *imperator et summus pontifex, felix, divus*, de los antiguos romanos, y pretendiera concentrar en su persona todo poder político, social y religioso. Y de aquí las luchas funestas y perturbadoras de los reyes y ministros *regalistas* contra la

Iglesia, que se oponia á sus despóticas invasiones y á sus pretensiones avasalladoras en materias de religion. Macanaz, Kaunitz, Tanucci, Pombal, Choiseul, Campomanes, librando batalla á la Iglesia de Cristo y á los Sumos Pontífices á la sombra del cesarismo regalista, hirieron de muerte la monarquía cristiana, la cual, por un castigo tan justo como visible de la Providencia, se ha visto obligada á trocar el trono por el destierro y ceder el campo al cesarismo despótico, ó de un dictador, ó de muchedumbres anárquicas, consecuencia lógica, natural y última del cesarismo regalista de aquellos.

El cristianismo, al aparecer sobre la tierra, encontró al mundo civilizado encorvado bajo el pié de un César, siquiera este César fuera un bárbaro salido de las regiones del Oriente ó de los bosques de la Germania: en sus manos hallábase concentrado todo poder, y en su voluntad caprichosa, todo deber y todo derecho. El cristianismo, vivificado por el espíritu de Dios, colocó al lado de ese César al Obispo y al Pontífice. Dejando al primero el gobierno de los cuerpos y la direccion de la sociedad civil, encomendó al Pontífice la direccion de las almas y el gobierno espiritual de las conciencias. De entonces mas el monstruoso despotismo cesariano quedó herido de muerte; la libertad halló su base natural é incontrastable, y los mártires cristianos se encargaron de realizarla y consolidarla sobre la tierra con su heroica conducta.

Como no podia menos de suceder, á medida que en los siglos modernos se ha ido borrando la línea que separa el poder religioso del poder político, á medida que la potestad civil ha tratado de absorber y anular el poder espiritual y religioso de los Pontífices cristianos, la libertad humana ha perdido su base mas sólida, reapareciendo de nuevo en la sociedad bajo diferentes formas el cesarismo despótico y centralizador que deshonró y envileció al mundo pagano.

Que el *sensualismo*, ó sea la emancipacion de la carne de toda autoridad divina, es otra de las grandes llagas que corroen las entrañas de las sociedades modernas, es un hecho, por desgracia demasiado cierto y patente, para que sea posible desconocerlo. Eche cualquiera una mirada en torno de sí, y verá que casi todas las clases de la sociedad se hallan dominadas por el deseo inmoderado de todo lo que halaga los sentidos y sirve de medio para entregarse al bienestar y goces materiales. El grande y casi único pensamiento que preocupa al hombre desde la cuna hasta el sepulcro, es buscar y alcanzar los medios mas á propósito para gozar toda clase de satisfacciones en el vestido, en la comida, en la habitacion, en las diversiones, en los deleites, en los honores, haciendo servir á este efecto los refinamientos de una civilizacion egoista y sensual, y echando en olvido, cuando no entregando al desprecio, las prescripciones de las leyes divinas y eclesiásticas.

Por lo demás, es fácil reconocer que este positivismo sensualista de las costumbres públicas y privadas, es una consecuencia lógica y natural de las doctrinas ateistas y materialistas que hallan libre curso en las sociedades modernas. Cuando vemos á Bauer, Feuerbac, Leroux, con cien otros adeptos del racionalismo, ridiculizar el infierno y paraiso de los cristianos, negar la vida futura y hasta la existencia de un Dios personal, divinizar al hombre y sus pasiones, y pretender «fundar una democracia de dioses terrestres iguales en felicidad y santidad,» jactándose á la vez de buscar y querer únicamente «el néctar y la ambrosía, mantos de púrpura, la voluptuosidad de los perfumes, de las danzas, ninfas, etc. :» cuando se oyen, repito, y se propagan sin oposicion y sistemáticamente semejantes doctrinas, no es difícil adivinar el grado de corrupcion moral que se oculta en el fondo de la sociedad moderna. Cierto es que esa corrupcion moral se halla en cierto modo velada por las exigencias de una civilizacion que, contra su voluntad, por decirlo así, se halla rodeada de una atmósfera cristiana, atmósfera que impide á esa corrupcion degradante salir á la superficie de la sociedad; pero no es menos cierto por eso que esa corrupcion es tan real como profunda. Los que tienen ocasion ó necesidad de observar de cerca y penetrar en las entrañas de nuestra sociedad, saben demasiado que en ciertas clases de la misma, no menos que en esas masas trabajadas por el socialis-

mo y sustraídas á la influencia moralizadora del Evangelio, existen crímenes que en nada ceden á los descritos por las valientes plumadas de Tácito y Suetonio, y abominaciones en nada inferiores á las que Juvenal, Horacio y Marcial, nos presentan en la Roma de los Emperadores.

Hé aquí el resultado final de las tendencias paganas y racionalistas impresas á la Europa desde el malhadado Renacimiento; hé aquí el resultado de las tendencias y reminiscencias paganas introducidas en las artes, en las ciencias, en las instituciones, en las leyes, en la filosofía y en la historia; y hé aquí, sobre todo, el resultado de esa política anticristiana y avasalladora de los derechos de la Iglesia, que tan hondas y frecuentes perturbaciones ha producido y produce en los pueblos modernos, obligados á fluctuar continuamente entre la anarquía y el despotismo cesariano.

Consecuencia de esa malhadada separacion de la política moderna de los principios y doctrinas sociales y religiosas del catolicismo, consecuencia de la pretendida autonomía é independencia absoluta de la razon humana, consecuencia del olvido y menosprecio práctico de la moral cristiana, de que se hallan saturadas las sociedades modernas, es por una parte el rebajamiento y desprestigio de todo principio de autoridad, y por otra el estado permanente de ansiedad y hasta pudiéramos decir, de terror, que habitualmente aqueja á los pueblos de la Europa. Ni es de estrañar